



Homilía de 3 & 4 de abril, 2021

Vigilia Pascual y Domingo de Pascua

Muy Rev. J. David Carter, JCL, JV

¡Cristo ha resucitado! ¡Él ha resucitado!
¡Feliz Pascua! ¡Jesús es nuestro Cordero pascual!

Cristo nuestra Pascua ha sido inmolado, Aleluya. El ángel de la muerte pasa ahora sobre los lavados en la sangre de este nuevo pacto de salvación. Nos regocijamos con nuestros recién bautizados y recién confirmados que recibieron los sacramentos salvadores a la luz de la Resurrección.

Celebramos este año también con un poco de alivio. Durante casi dos mil años, los cristianos de todo el mundo han celebrado la resurrección de Cristo de entre los muertos en sus iglesias sin falta, al menos en algún lugar del mundo. Incluso en tiempos de persecución en un lugar de la Iglesia, los creyentes reunidos en otra parte del mundo levantaron los brazos de la oración por el bien del mundo entero. Incluso cuando un miembro del cuerpo estaba enfermo, los otros miembros asumieron el cargo de orar sin cesar. Así como el pueblo judío, nuestros antepasados en la fe, celebraron una conmemoración anual de la Pascua y el Éxodo de Egipto por la mano fuerte de Dios, así también nosotros, los hijos de la nueva y eterna promesa, hemos mantenido una cadena ininterrumpida de conmemoraciones anuales desde el tiempo de esa primera Mañana de Pascua cuando las cadenas del pecado y la muerte fueron destruidas para toda la humanidad.

Cada año tenemos la tradición de marcar el año de nuestro Señor en el Cirio Pascual que se enciende en la vigilia pascual. El año pasado, la vela de dos mil veinte se encendió en la oscuridad habitual pero también en la extraña y única soledad que era típico de todo el año pasado. El mundo entero se había detenido y en muy pocos lugares se celebraba la Pascua públicamente, ni en Jerusalén, ni en Roma, y mucho menos en Chattanooga. Este evento en la historia mundial no será olvidado pronto. Pero, mirando hacia atrás ahora, también nos recuerda que hay momentos aún más poderosos en la historia que eclipsan la oscuridad actual con una luz perenne. Incluso si los misterios pascuales no se celebraban en público, todavía se celebraban. La oscuridad actual no pudo vencer esta luz. Incluso en medio de una pandemia mundial, la resurrección de Cristo seguía estando muy presente para nosotros. Al igual que en tiempos de epidemia o persecución en el pasado, la luz de Cristo se celebró en las catacumbas de los hogares de los creyentes. Se celebraba en los espacios consagrados de nuestras iglesias, aunque fuera a puerta cerrada o solo accesible de forma virtual. La luz de Cristo no se apaga y continúa ardiendo intensamente. Las tormentas de este mundo no son suficientes para apagarlo. El virus puede hacer todo lo posible para sacudir la fe de los creyentes, pero la amenaza de muerte no es nada para quien conoce el poder de la resurrección. Ahora que salimos de las sombras del valle de la muerte, continuamos aferrados a la luz de Cristo mientras celebramos esta Pascua en el año dos mil veintiuno. Se ha encendido un nuevo cirio pascual. La victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte todavía se celebra. Este año, los invito a aprovechar la oportunidad que tenemos ahora de renovar nuestras promesas bautismales con más fervor. No lo demos por sentado. Veámoslo como el regalo precioso que es. Atesorémoslo un poco más caro. Cantemos un poco más fuerte el cántico de gran alabanza, Aleluya. ¿Oh muerte, dónde está tu agujijón? ¿Oh tumba, dónde está la victoria? Cristo nuestra Pascua ha sido inmolado, aleluya! ¡Cristo ha resucitado! ¡Él ha resucitado de hecho!

¡Alabado sea Jesucristo! ¡Siempre sea alabado!